regrinas: era una region poblada de luces, de deslumbramientos, de intuiciones y de deleites de un género enteramente desconocido.

La excitacion nerviosa, el sacudimiento de toda la máquina, la impresion dolorosa, el equilibrio de la circulacion con sus fenómenos congestivos por afluencia y depresivos con el efecto del síncope, estaban produciendo aquella revolucion.

En medio de aquella region, en la que el niño entró por la puerta de las lágrimas, se destacaba una imágen: Refugio.

Refugio adquirió la brillantez de todo el panorama; se enaltecia.

Refugio tenia en aquel mundo mas amor, mas caricias, mas consuelos; Refugio se aparecia enternecida, amorosa, buena, como la paz, como la compensacion.

.....

Así se durmió Chucho.

CAPITULO IX.

UN NEGOCIO GRAVE EN LA CASA DE DON PEDRO MARÍA.

EL 25 de Setiembre la casa de D. Pedro María presentaba distinto aspecto que la noche del 24. El placer habia dejado su huella por todas partes, y reinaba el desórden como en un campo de batalla, y no obstante, aquel desórden era atractivo porque avivaba los recuerdos placenteros de la noche del baile.

La vigilia habia marchitado las rosas juveniles: Mercedes y Angelita estaban desveladas, habian reñido con el tocador y con la luz y fluctuaban entre la desazon de la velada y los mil recuerdos dulces de la pasada fiesta.

Doña Rosario se habia manifestado indisplicente, y tanto Mercedes como Angelita contemplaban con sobresalto que por aquel lado habia una nubecilla en el horizonte que presagiaba tempestades.

En cuanto á D. Pedro María, estuvo como siempre; pero á solas con su muger y ya recogido el matrimonio, hubo un diálogo íntimo que habiendo llegado hasta nosotros por fidedigno conducto, lo trasmitimos hoy á nuestros lectores.

Don Pedro María rezó todas sus devociones que eran largas, y doña Rosario por su parte, aunque fingia hacer lo mismo, en realidad pensaba en algo que la preocupaba mas que los Padre nuestros de todas las noches.

Al fin llegó el matrimonio al momento en que se daba las buenas noches para apagar la vela.

Doña Rosario, en vez de apagar la vela, tomó la palabra.

—Es necesario, le dijo á D. Pedro, que pensemos muy sériamente en una cosa.

—¡Ave María Purísima! ¿En qué cosa, muger?

—No te alarmes, y si yo me anticipo es porque ya sabes que á mí nada se me vá y porque siempre es bueno estar prevenidos para lo que pueda suceder.

—¡Pero de qué se trata! exclamó D. Pedro María sobresaltado, ¿qué ha sucedido?

—Nada..... es que yo he notado lo de Merced.

—¡Lo de Merced! pero ¿qué ha hecho Merced?

—Ten calma; no ha hecho nada, pero..... lo de Cárlos..... porque en fin, yo creo que se quieren.

—Acabaras, muger; si eso es todo ya veremos; estaremos á la mira, y si el muchacho viene con buenas miras.

—Si, en cuanto á miras yo creo que las tiene buenas; él es un caballero, y yo ya tengo mis informes; ademas, Cárlos no es un millonario, pero en fin, tiene por su familia algo, y por ese lado la muchacha no iria mal.

—Pues bien, si ya has adelantado todo eso, debemos darnos de santos con que el primer novio de la muchacha preste garantías.

—Pero hay una cosa.

—¿Qué hay?

—Que me parece que no vamos conformes en ideas.

—¡Cómo!

—Quiero decir, Cárlos es muy buena persona.

—¿Entonces?

—Es un poco libre.

—¡Vamos, vamos, muger! explícate ¿en qué te fundas?

—Pues oye, he escuchado una conversacion que no me ha gustado. Hablaba Cárlos con el Licenciado y ninguno de los dos se fijó en que yo estaba inmediata.

—Bueno ¿y qué?

—Que Cárlos habló mal del clero.

—¡Hola, hola! ¿pero estás cierta?

—Ya sabes que tengo buen oido y por todo lo que pude notar, Cárlos tiene ideas que no me gustan.

—Te habrá parecido.

—No, y no; que bien sé lo que digo; le oí decir clarito que es *demócrata*.

—¿Oiga?

—*Demócrata* ¿está bien dicho?

—Sí.

—¡Vaya! y muchas cosas mas que no digo, pero que francamente no me gustan; ya comprenderás que estoy muy poco dispuesta á darle mi hija á un hereje, á uno de estos libertinos que so pretexto de ilustracion tienen ideas escandalosas.

—¿Y qué te parece que debemos hacer?

—Mira, me ha ocurrido que busquemos una persona que lo trate y que procure averiguar cuales son sus ideas con respecto á religion.

—Me parece mas sencillo que yo.....

—No, tú lo echas á perder, y sobre todo, Cárlos tendrá cuidado de no revelarte la verdad.

—¿Y has pensado en la persona á próposito para ese encargo?

—El señor cura seria muy á propósito; pero sucederia lo que contigo, que Cárlos no se externaria lo suficiente..... ¡Ah! ya caigo, ya sé quien es el mas á propósito.

—¿Quién?

—Perez; Perez es hombre timorato; Perez frecuenta, que yo lo he visto, y tiene ademas su talento y en siendo cosa nuestra, es seguro que pondrá sus cinco sentidos en complacernos.

—Pues me parece muy bien, mándalo llamar mañana, le das la consigna, lo instruyes bien y que él haga el resto.

—Eso es.

—¿Y en cuanto á Merced?

—Creo que lo quiere, y me temo que ya la muchacha esté fuertemente impresionada.

—¿No le has hablado?

—Estoy preparando una entrevista, y para esto lo primero que he hecho es procurar que Merced se confiese.

—Muy bien hecho.

—Y en saliendo de la iglesia le hablo y así, ni como ocultarme nada, me espeta la verdad monda y lironda.

—Me parece todo muy bien pensado, y que Dios te ilumine.

—No tengas cuidado.

—Pues mira lo que son las cosas, al principio me pareció que me ibas á hablar de Angelita.

—Ese es otro asunto, pero acerca de eso estoy mas tranquila; porque lo que es Gonzalez se confiesa con el padre Espinosa y no hay cuidado.

—¿Supongo que tambien estarás en observacion?

—Por supuesto.

—¡Como ha de ser! ya las muchachas empiezan á prepararnos pesadumbres de otro género. ¿Y Pablito?

—Pablito es buen muchacho.

—Pero esas ideas tan tristes.....

—A pesar de eso viene temprano á casa y hasta ahora no le he notado inquietud particular.

A poco rato de esta conversacion, el matrimonio se santiguó de nuevo y se durmió.

Al dia siguiente Perez recibió un recado de Doña Rosario y acudió á la cita sin tardanza.

Como del asunto de que se iba á tratar no debian enterarse ni remotamente las muchachas, la cita que Doña Rosario le dió á Perez fué para la iglesia de la Merced en la misa de ocho.

Perez concurrió y Doña Rosario llamando á Perez hácia un lugar apartado del atrio, le manifestó su plan, le encareció la necesidad que habia de obrar con suma cordura y circunspeccion, y quedaron convenidos en que desde ese momento Perez seria, no solo la policía de Cárlos, sino su explorador en la parte moral.

Dado este primer paso, Doña Rosario pasó á inquirir la disposicion de ánimo de Mercedes y despues de prepararla por el método, que segun Doña Rosario le parecia infalible, entró en materia.

—Vas á decirme la verdad en todo lo que te pregunte, le dijo; recuerda que acabas de comulgar y que seria una cosa indigna de tí y muy agena de una buena hija y de una buena cristiana engañarme en un dia de pureza y de santidad; conque vamos á ver; tú amas á Cárlos.

Merced quedó silenciosa.

—No me lo nieges, porque ya sabes que á mí no se me va nada por alto. Responde.

—Sí señora, no lo puedo negar.

—Y antes de entregarle tu corazon ¿no te has puesto á

pensar si será un hombre que te conviene? porque ya sabes que las apariencias engañan y no seria extraño que fueras saliendo con que el Sr. D. Cárlos es un libertino.

—Permítame usted decirle, dijo Merced toda turbada, que hasta ahora nada hay que valga la pena de contarse. Cárlos, es cierto, me trata con predileccion y con cariño, pero no me ha hablado de amor.

—Pero tú lo quieres.

—Le profeso cariño y gratitud porque él se hace acreedor á ello con su conducta.

—Pues estos son asuntos muy delicados y es necesario no obrar con ligereza.

—Estoy dispuesta á obedecer á usted en todo.

—Bueno: empezamos porque no verás á Cárlos sino cuando á mí me parezca conveniente, y eso despues que yo tome mis informes.

Doña Rosario quedó muy satisfecha de sus procedimientos, y ufana de sus triunfos, le comunicó sus impresiones á D. Pedro María.

En cuanto á Merced, sintió por medio de esa intuicion delicada de las mugeres el presentimiento de futuras disensiones y contrariedades.

Su amor acababa de recibir el impulso secreto de la dificultad, que es el agente mas eficaz de los amores, y Merced se enteró de que amaba á Cárlos mas de lo que ella misma pensaba.

A doña Rosario le pareció que era preciso no omitir medio alguno para aclarar aquella importante cuestion

que la preocupaba incesantemente. Comenzó por contarle sus impresiones y comunicarle el asunto á varias de sus amigas de confianza, pero de una manera reservada y confidencial.

Las amigas de doña Rosario, hicieron á su vez la misma confidencia á sus amigas, reencargando el secreto, y de boca en boca y de vieja en vieja, este asunto llegó á tener toda la popularidad de un secreto femenil.

En cuanto á Perez, debemos decir que la consigna de doña Rosario tenia para él mas importancia de lo que parecia á primera vista.

Perez era un arbitrista completo y acabado y profesaba la útil teoría de no hacer ascos á gaje, propina, arbitrio, ó trabajo de ningun género.

Perez se preciaba de saber ganar su vida por medio de mil arbitrios desconocidos de muchos.

Efectivamente, segun el mismo Perez decia, no daba paso sin linterna y en un solo dia sabia ser testigo en dos ó tres juzgados, redactar una solicitud para una viuda, empeñar una prenda, conseguir dinero á premio, ajustar un entierro, hacer una correduría y llevar diez recados.

Perez pesó una á una las palabras de doña Rosario y desde luego calculó que habia mejorado su posicion, pues poseia un secreto explotable.

—Don Pedro María, pensó, es hombre influente con los padres y bien podria conseguir una capellanía vacante. ¿Y para qué quiero capellanía? ¡ah! ya caigo, para Chucho el hijo de Elena, y ya que á ésta no la puedo

obsequiar debidamente por lo precario de mi situacion, la podré ofrecer la capellanía. En cuanto á Cárlos, tiene demasiados asuntos como hombre rico, y en haciéndome necesario habrá algo que esperar.

Yo hago todo esto, continuaba, porque es preciso ante todo no dormirse y arbitrar recursos por cuantos caminos se presenten.

Todo esto lo pensaba Perez en camino para la casa de Cárlos.

—Pero soy un cándido, dijo parándose de repente. Con que pretexto me presento? entrar hablando del asunto es una torpeza, hacerle una primera visita sin motivo... ¡ya está aquí! exclamó gozoso—adelante.

Entre los negocios que Perez tenia pendientes ese dia, contaba con el encargo que le habian hecho de vender una purera.

—Señor D. Cárlos?

—¿Qué hay, Perez?

—¿Cómo le fué á usted de desvelada? ¿no ha habido novedad notable?

—No, ninguna; gracias.

Hubo una ligera pausa.

—Siéntese usted, dijo Cárlos.

—Gracias, señor D. Cárlos, tengo mucho que hacer, contestó Perez sentándose y luego continuó:—Vine á traerle á usted..... ah! se me olvidaba... parece que *por allá* á ha habido alguna novedad.

—Está bien, esperaré á esas horas.

—Porque..... en fin..... si usted tiene interes en saber ciertas cosas, y en esto puedo prestarle un pequeño servicio..... yo tendré mucho gusto. Ya sabe usted que en la casa de D. Pedro María tienen la bondad de considerarme, y yo se los agradezco, eso es otra cosa, porque en fin, yo nada valgo..... Pero la señora para todo cuenta conmigo, y el señor D. Pedro María (tan bueno) no hace nada sin contar con Perez. ¿Que se trata de baile? que venga Perez; ¿que se trata de dia de campo? que venga Perez; y Perez para cobrar, y Perez para esto y Perez para lo otro y lo de mas allá; y yo á todo, señor D. Cárlos, y firme como el Santo Dios. ¿Con que entre cuatro y cinco, no, señor D. Carlitos? aquí me tendrá usted, y en todo lo que le pueda servir.....

—Gracias, Perez.

—Con que adios, adios, hasta la tarde.

—Adios, nos veremos.

—Sí, por supuesto, entre cuatro y cinco, muy bien. Con que..... voy á preguntar de quién es la purera.

Perez salió de la casa de Cárlos lleno de ilusiones. Cárlos pensó que sería conveniente tener á Perez de su parte.

Lo mismo se habia quedado pensando doña Rosario cuando se separó de Perez, porque creia tener en él un agente activo, eficaz y muy á propósito para sus planes.

Merced, sobresaltada con lo que su mamá le habia dicho, pensó en que era preciso tener alguna persona de su

parte y por medio de la cual se pusiera en comunicacion con Cárlos, y esa persona debia ser Perez.

Don Pedro María, al dia siguiente de la conferencia nocturna, se levantó diciendo para sí:

—Despues de todo, este Perez es buen hombre y es necesario seguir contando con él para todo, es tan servicial y tan honradote!.....

Hasta Elena habia pensado tambien despues del baile, que Perez no tenia precio.

—¿Qué haria yo sin Perez? decia, de cuántas apuraciones me ha sacado Perez! Ya no me va pareciendo tan feo. Y lo que es las boleras las baila bien; pero ya se vé, si todo lo hace bien Perez.

He aquí de que manera Perez era en todas partes el hombre de la situacion.

—¿Por allá? repitió Cárlos, ¿por la casa de D. Pedro María?

—Exactamente: parece que Merceditas estaba algo indispuesta.

—¿Es posible?

—Sí, pero nada de cuidado. Con que..... me voy... solo vine á traer á usted su purera que dejó olvidada.

—¡Mi purera! yo no fumo puro.

—¿No es de usted esta purera? preguntó sacando del bolsillo la purera que le habian dado á vender.

—No, no es mia.

—¡Ha visto usted cosa mas rara! con que no es de usted? Pues lo que es yo lo hubiera jurado, tal creí haberla visto anoche en las manos de usted.

—Pues no es mia.

—De quién será? de quién será? ¿Usted no se figura?

—Absolutamente.

—Estoy en que Merceditas me dijo que era de usted; pobre Merceditas!

—¿Por qué dice usted eso?

—No, nada; por nada, sino que como la familia..... ya sabe usted lo que son las señoras, especialmente cuando son tan timoratas como doña Rosario.

—Y bien, ¿qué sucede?

—No, nada; es que yo no quiero andar trayendo y llevando, porque no me gusta meterme en estas cosas, porque una cosa es que uno oiga y sepa lo que pasa y otra es andar diciendo lo que uno no sabe si convendrá decir ó nó.

—Pero por fin, ¿de qué se trata?

—Señor D. Cárlos, no haga usted caso; yo digo esto porque vino al caso, pero por lo demas no me meto, y usted me dispensará. Tiene usted la bondad de decirme ¿qué hora es? porque tengo una cita, para ver si me dan una colocacion; porque ya ve usted, señor D. Cárlos, qué malas están las cosas, y que para cada destino hay diez pretendientes y se vive con un trabajo, que solo Dios sabe. Con que ¿qué horas son?

—Las diez van á dar.

—¿Me permite usted?

—Pero es, que yo desearia saber.

—Le pido á usted mil perdones, pero la cita era entre nueve y media y diez, y temo llegar demasiado tarde, ya sabe usted que cuando uno solicita es necesario andar muy listo.

—Pero..... en fin, ¿volverá usted?

—Si usted lo quiere así, señor D. Cárlos, estoy para servirlo.

—Bueno, espero á usted.

—¿A qué hora?

—En la tarde ¿le será á usted posible?

—En la tarde, en la tarde, murmuraba Perez hablando consigo mismo..... Permítame usted..... á la tarde..... á la una, á las dos, á las..... Entre cuatro y cinco estaré aquí.

—Está bien, esperaré á esas horas.

—Porque..... en fin..... si usted tiene interes en saber ciertas cosas, y en esto puedo prestarle un pequeño servicio..... yo tendré mucho gusto. Ya sabe usted que en la casa de D. Pedro María tienen la bondad de considerarme, y yo se los agradezco, eso es otra cosa, porque en fin, yo nada valgo..... Pero la señora para todo cuenta conmigo, y el señor D. Pedro María (tan bueno) no hace nada sin contar con Perez. ¿Que se trata de baile? que venga Perez; ¿que se trata de dia de campo? que venga Perez; y Perez para cobrar, y Perez para esto y Perez para lo otro y lo de mas allá; y yo á todo, señor D. Cárlos, y firme como el Santo Dios. ¿Con que entre cuatro y cinco, no, señor D. Carlitos? aquí me tendrá usted, y en todo lo que le pueda servir.....

—Gracias, Perez.

—Con que adios, adios, hasta la tarde.

—Adios, nos veremos.

—Sí, por supuesto, entre cuatro y cinco, muy bien. Con que..... voy á preguntar de quién es la purera.

Perez salió de la casa de Cárlos lleno de ilusiones. Cárlos pensó que sería conveniente tener á Perez de su parte.

Lo mismo se habia quedado pensando doña Rosario cuando se separó de Perez, porque creia tener en él un agente activo, eficaz y muy á propósito para sus planes.

Merced, sobresaltada con lo que su mamá le habia dicho, pensó en que era preciso tener alguna persona de su parte y por medio de la cual se pusiera en comunicacion con Cárlos, y esa persona debia ser Perez.

Don Pedro María, al dia siguiente de la conferencia nocturna, se levantó diciendo para sí:

—Despues de todo, este Perez es buen hombre y es necesario seguir contando con él para todo, es tan servicial y tan honradote!.....

Hasta Elena habia pensado tambien despues del baile, que Perez no tenia precio.

—¿Qué haria yo sin Perez? decia, de cuántas apuraciones me ha sacado Perez! Ya no me va pareciendo tan feo. Y lo que es las boleras las baila bien; pero ya se vé, si todo lo hace bien Perez.

He aquí de que manera Perez era en todas partes el hombre de la situacion.